

CULTURA

María Cristina perdió el sentido común cuando se enamoró de Guillermo. Estudiaba Filosofía en Buenos Aires y nunca imaginó que el muchachito de ojos tristes con el que iba a clases de guitarra le haría perder tantas otras de Lógica.

Enfermó de amor en enero de 1954, pero su timidez le impidió declarar sus temblores a Guillermo hasta que ya fue demasiado tarde. En marzo de 1956 el joven mulato emigró a Cuba para unirse a la revolución, y el poco sentido común que quedaba en María Cristina partió con él.

Tal fue el declive de su enfermedad que se encerró con su guitarra en su cuarto durante un año. Para marzo de 1957 había escrito 366 tangos, uno para cada día y otro extra, por si el año era bisiesto. Con la esperanza de recuperar la razón, escondió la declaración de amor más larga y apasionada del mundo en su desvencijada maletita y marchó a aquella región del mundo donde, según sus profesores, pesaba más la cabeza que el corazón: Europa.

Cincuenta años después murió en Madrid sin aceptar que en su ADN prevalecía más la pasión que la Ilustración. Su única descendencia, aquellos 366 tangos que olían a nostalgia y tabaco, pasaron a disposición de una biblioteca pública. En 2015, Paula, madrileña de corazón recientemente partido, encontró sus letras. Decidió ponerles música y cantar por las dos en los bares menos ilustrados de Madrid.

Gracias a Guillermo mucha gente está empezando a recordar lo que nunca vivió.